

Un pez dorado

Laura Devetach

Ilustraciones de María Licciardo





www.loqueleo.santillana.com

© 1984, 1989, 1991, 1997, 1998, 2015, LAURA DEVETACH

© 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4648-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE

Ilustraciones: MARÍA LICCIARDO

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Devetach, Laura

Un pez dorado / Laura Devetach ; ilustrado por María Licciardo. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4648-8

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Licciardo, María, illus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Un pez dorado y otros cuentos populares

Laura Devetach

Ilustraciones de María Licciardo

loqueleg

*Para Reconquista,
para el Litoral.*

UN PEZ DORADO
(VERSIÓN LIBRE DE UNA LEYENDA POPULAR)

El viejo mateaba con esa larga paciencia de los pescadores mientras el río hacía plash, plash a sus pies.

Lo saludé y me extendió un mate, sonriendo. Su piel con pocas arrugas tenía el tono marrón dorado del agua.

—¿Gusta? —dijo. Yo me senté en el suelo y tomé mate con él.

Hablamos de la pesca y de la creciente. De los días y de las noches en que tenían que dejar sus casas y alojarse en galpones del puerto o en alguna escuela.

—El río da y quita —comentó—. Pero es mejor estar cerca del río.

Me contó también que la canoa ya estaba muy agujereada, que él y sus siete hijos varones sabían nadar pero que su mujer y sus cuatro guainas, no.

—Son muy bichas las mujeres. Así, no las puedo mandar a pescar —se rio malicioso.

—¡Ja! —comenté—. A lo mejor saben lo que hacen, ¿no? —Y en ese momento descubrí algo colgado a su cuello, un pequeño amuleto. Era un huesito triangular. Me puso muy curiosa.

—¿Y eso? ¿Qué es?

—Es para la fuerza, para la larga vida, para la suerte. Es un huesito de dorado. Del primer dorado que supe pescar en mi vida.

Estaba orgulloso. Cuentero, como todo viejo del Litoral, me fue desgranando la historia que ahora relato.



Los indios abipones vivían a la orilla del río Paraná. Tenían la piel bronceada y eran gente muy hermosa. Tenían también un Dios que los cuidaba.

El Dios les enseñaba a pescar, a cazar, a tallar sus canoas y a construir sus viviendas.

Les hablaba sobre la valentía y también sobre la paz. Y les hizo descubrir que cada semilla podía tener adentro un árbol.

Las tribus le agradecían con ofrendas: fogatas, frutos y collares hechos con huesos de pescados.



Un día el Dios Tupá estaba de recorrida observando si todo andaba bien por el río Paraná.

Quería saber si la corriente fluía lo suficientemente fuerte.

Si los sapos y las ranas navegaban cómodos sobre los camalotes.

Si el agua tenía su debido color café.

Si la greda estaba consistente como para hacer vasijas.

Si la arena seguía fina como la piel de los niños.

Si el grito de la cotorra era verde.

Si los jóvenes sabían cuidarse de las palometas que comían como leones.

Quería saber si las mandiocas crecían con raíces buenas y gordas para que todos se alimentaran.

Si el tala seguía dando ramas finas y sin nudos para construir arcos.

Quería saber también si el junco estaba flexible para ser tejido y si los dedos de las mujeres seguían afinando largos, largos hilos ásperos para hacer hamacas en las que dormirían los niños.

Y si, cosa más, cosa menos, todo andaba bien por allí.

Tupá se agachó como solía hacerlo y puso un dedo en el agua, rascándole el lomo al río. Al levantar la mano contra el sol vio cómo una gota se deslizaba por el dedo y quedaba hamacándose en la punta con brillo de lágrima.

En esa gota Tupá solía mirar el futuro.

Y vio lo que ocurriría muy pronto, reflejado en la gota de agua.

Vio a muchos hombres que tenían las caras de color de las nubes blancas o rosadas del atardecer. Bajaban de barquitas que habían remontado el río y cargaban extraños objetos. Menos las caras, sus cuerpos estaban todos envueltos. Algunos tenían el pelo amarillo. Otros, más oscuro, o rojizo, o negro. Y muchos tenían pelo en las caras, como los indios nunca lo habían tenido.

Hombres de trajes de metal. Con metal se cubrían la cabeza y de metal era el ruido de sus armas.

En fila de hormigas se internaban entre los árboles.

Los indios salían a recibirlos asombrados y temerosos. Y poco a poco, como en un sueño, las tribus iban desapareciendo ante un gesto de los hombres de traje de metal.

Solo quedaban en el monte los hombres blancos, en los islotes. El río ya no tenía rostros indios para reflejar.

Todo esto vio Tupá en la gota de agua.

—Es un presagio —dijo—. Es un aviso del río.

Tupá reunió a las tribus y les contó lo que había visto en la gota de agua.

—Es un aviso del río —les dijo—. Debemos escucharlo.

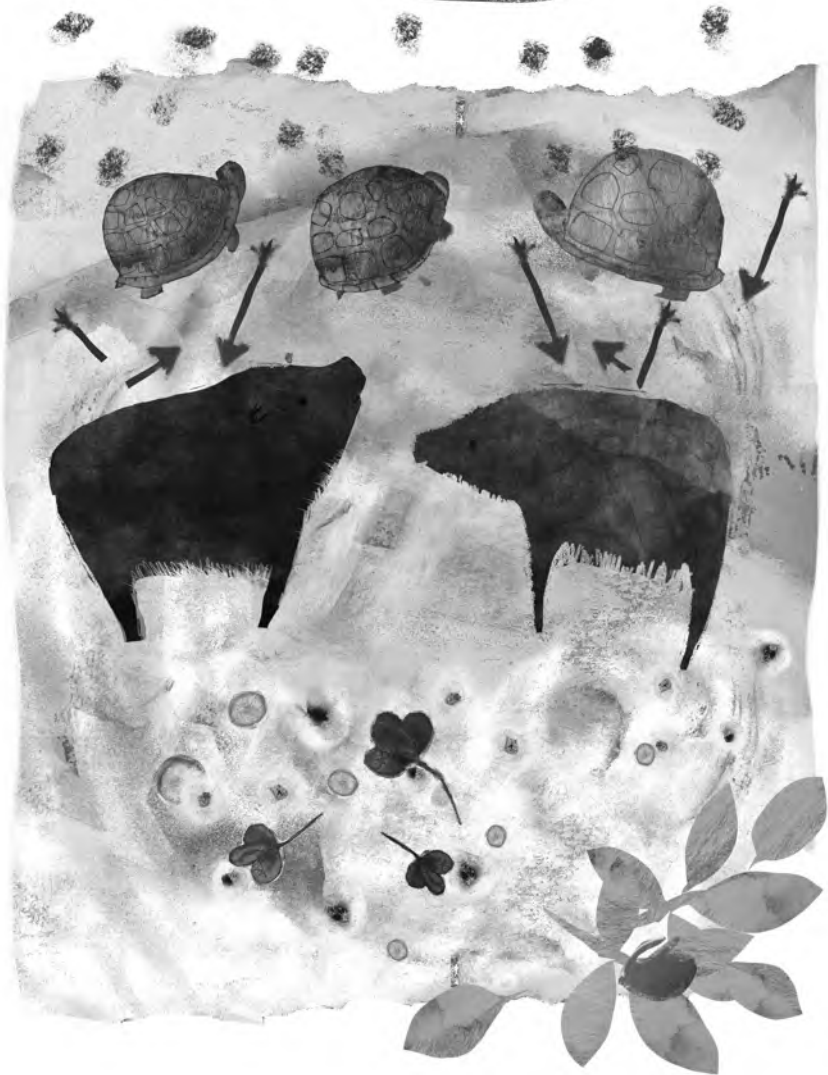
Pensativo, Tupá miró la naturaleza, como repasándola. Luego de leer en ella durante un rato dijo:

—Si los blancos golpean con la dureza del granizo, ustedes serán el caparazón de la tortuga.

Si hieren como flechas, ustedes serán el cuero del chanco del monte.

Si soplan como el viento norte, serán semillas voladoras.

Si queman como el fuego, serán agua.



Si tienen la fuerza del río, ustedes serán peces.

La tribu se llenó de rumores que fueron subiendo y luego se acallaron para dar lugar a la respuesta.

—Seremos peces —contestó la tribu—, viviremos en el río porque es nuestro.

Y Tupá los fue convirtiendo uno a uno en magníficos peces peleadores, valientes y prolíficos que centellearon en las aguas del río para que la raza abipona no se perdiera.

—Y ahí andan los dorados, meta vivir en el río —dijo el viejito sorbiendo el mate.

Yo suspiré como se suspira cuando uno termina de escuchar una historia.

—¿Y el huesito? —pregunté.

—Llevo este huesito desde que era chico. Porque ahí está la gracia del asunto: uno tiene que llevar el huesito del primer dorado que pescó en la vida. Por eso no se lo regalo a usted —aclaró con picardía—, porque mi suerte seguro que no le va a servir.